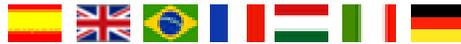


CAPÍTULO 20.

DE CÓMO SE IMAGINAN LAS MUJERES Y TOMÁS EL MOMENTO DE LA MORALIDAD.



En la tarde, cuando los tres amigos entraron en la sala, donde ese día sesionaba la Unión para la Educación y el Estudio de las Mujeres, la solícita secretaria, Cata Ende, se apresuró a recibirlos y, luego de estrechar sinceramente la mano de Tomás y de saludar al doctor como a viejo conocido con un amistoso movimiento de cabeza, condujo a la señora Ágata a lo largo de las filas de mujeres, que murmuraban y observaban, hasta adelante.

-Tengo que presentarle rápidamente a la presidenta. La conferencia ya va a empezar. Así que podremos contar con usted, señor Mundete -se volvió hacia Tomás, que seguía a las damas medio distraído. Ella, sin esperar una respuesta, se apresuró de nuevo.

Ágata recordaba los días en que esa muchacha todavía era joven. Si Cata Ende hubiera mostrado en aquel entonces el mínimo interés por su hermano, en vez de ocultarse esquiva, no andaría él ahora, por el mundo con el nombre y la mente tergiversados. Ahora, por supuesto, ya no se le notaba en su ser, en el ánimo con que cumplía sus deberes, nada de aquella funesta timidez. Las rápidas miradas con las que examinaba la sala, las seguras palabras y los gestos con que indicaba el lugar a mujeres titubeantes que se cruzaban en su camino mostraba que estaba a la altura de su tarea.

Delante de todas las hileras de sillas estaba de pie la pequeña y redonda presidenta. Hojeaba un montón de escritos y tan pronto se quitaba como se ponía las gafas, en una rara excitación. El camino hacia ella estaba cerrado por un grupo de damas, que parloteaban en desorden entre miradas de reojo y con sueltas lenguas. Por lo pronto no era posible pasar entre ellas. Se tenían que esperar, y Cata Ende aprovechó la ocasión para preguntar a su acompañante por qué su hermano se había cambiado el nombre. Ágata quedó perpleja. Primero examinó a la muchacha, qué lejos estaba de poder confiar en ella, luego miró en dirección de su hermano. Cuando se dio cuenta de que él estaba ausente pensando en sus cosas, ella comenzó a narrar con prisa y al vuelo.

El aspecto de las damas se convirtió para Tomás en un extraño pensamiento que comenzó a agitarse en su cerebro. De vez en cuando, las cabezas de las mujeres sobre todo formaban un círculo estrecho, que se apiñaba en torno a la cabeza de una mujer alta y flaca, tan pronto como ésta abría su altanera boca. Durante un largo rato, el pobre loco estuvo viendo esta conducta; sin embargo, de repente se arrojó al suelo, en el momento en que se formaba el animado círculo de cabezas, y se abrió camino a través de dos de las respetables damas, separando sus cuerpos en medio de faldas y muros de pliegues y, desde abajo y con los ojos bien abiertos, observó los horrorizados rostros de las señoras. La razón de este extraño procedimiento nunca se ha aclarado por completo. Más tarde, Tomás afirmaba que la vista de las espaldas anchas y delgadas de las mujeres, agachadas con la corona de peinados auténticos y falsos sobre ellas, le había proporcionado una nueva idea sobre la construcción de cúpulas y, después de haber observado suficientemente las paredes exteriores, le asaltó el deseo de ver de cerca el acoplamiento de este techo, que tendría que haberse pintado con esa profusión de rostros diversos de tan cambiantes expresiones y caracteres según las preferencias de un pintor.

Se debe tomar esta explicación con alguna reserva, sobre todo porque el narrador oculta uno de sus rostros más intrincados con estas palabras. Baste decir que el éxito de la maniobra fue sorprendente. Las mujeres se dispersaron gritando. La flaca, que un momento antes era el centro del grupo, se arremangaba el vestido negro de seda hasta las rodillas, para poder dar mejor el paso y saltar a un par de mujeres y al intruso. Cuando lo logró con ayuda de sus largas piernas, cayó sentada en una silla, con una sonrisa plena de resignación de la que hubiera podido aprender todavía algo una madre superiora. Cerró los ojos y dejó colgar la cabeza hacia un lado, de manera que un par de largos rizos hicieron un magnífico efecto.

-Su excelencia se desmaya -se oyó y todas acudieron solícitas hacia ella, que por ser la mujer de un exministro era el blanco de la atención en la Unión. Furiosas miradas se despeñaron sobre Tomás, quien con mucha sangre fría se había enderezado y se inclinaba amistosamente ante las ofendidas damas.

Mientras Cata Ende de buena gana hubiera prorrumpido en sollozos, al cortarse, de súbito, la tensión con la que oía contar la aventura de su antiguo adorador, Ágata decidió suspender su versión e intentó, como fuera posible, salvar la situación. Al ver la loca ocurrencia de su hermano, se agachó casi simultáneamente y levantó con llamativa prisa su bolsita negra, que un momento antes había arrojado al suelo, y pasando con rapidez ante las enojadas señoras, agitaba la cosa negra en la altura cual bandera al aire. Ya frente a la presidenta le gritó a su hermano: -Ven, Tomás, ya encontré la bolsa, ya no tienes que molestarte.

La acción de Ágata acalló un tanto el alboroto. Sin embargo, aunque la treta había sido elegida con mucho tino y las palabras pronunciadas en voz tan alta, habrían surgido escenas más desagradables ahora, si en una rápida secuencia las nuevas impresiones no hubieran borrado las otras. Cuando los dos hermanos llegaron junto a la que presidía el acto, ésta pretendía abrir la sesión. A fin de hacerse oír, sostenía ya la campana en la mano; entonces vio inquisitiva a los dos que repentinamente saltaron frente a ella, poniendo de nuevo su compostura, lograda con tanto esfuerzo, en plena vacilación. Ágata miró a la acompañante de unos momentos antes, quien debía encargarse de la función, pero la desleal amiga la había abandonado, huyendo hacia la otra punta de la sala por el gran miedo a mayores complicaciones; allí, se reunió con Lachmann para que continuara narrándole la trágica historia de Tomás Mundete. Eso representó un fuerte golpe para Ágata. Había contado con la ayuda de la secretaria, que por lo menos en parte se había enterado de la locura del hermano, para impedirle su presentación pública. Antes de que ella se hubiera concentrado para evitar de manera decorosa la catástrofe, surgió la decisión. Tomás por su propia cuenta tomó la palabra, se presentó a sí mismo y a su hermana como partidarios de la Unión, deseosos de servir con todas sus fuerzas a las elevadas metas del movimiento feminista y de agradecer con especial atención la invitación de la secretaria a la conferencia de ese día. Hablaba con tanta seguridad y distinguida calma que Ágata no pudo menos que escuchar atónita. En tanto ella se admiraba de la transformación de su quieto Augusto, éste había embaucado ya a la conferencia con seductoras adulaciones sobre sus méritos en la Unión y también le había robado el corazón. La pequeña y redonda persona, que obviamente durante largos años no había oído palabras de reconocimiento de la boca de ningún hombre y nunca, de seguro, había disfrutado una tal profusión de alabanzas, nadaba en el embeleso, y cuando el desconocido caballero comenzó a hablar de sus poesías, ella no podía contener su alegría y levantó los brazos como niña jubilosa. La campana que tenía en la mano sonó. Sin quererlo, había dado inicio a la sesión. Pero el encantador brebaje del reconocimiento que le había sido ofrecido la embriagó. Rápidamente murmuró: -Siéntese usted allí junto a la señora Walter, esposa del consejero confidencial de Comercio, esa señora guapa con brillantes en las orejas -mientras los hermanos buscaban el lugar que les habían señalado, ella dijo las palabras iniciales, sin titubear por primera vez en su vida. Así había dado su fruto el elogio de un loco.

De todo lo que había ocurrido allí adelante en el atril del orador, Lachmann apenas si se había enterado. Era un hombre que sólo salía a relucir en pequeños grupos de confianza, pues en reuniones mayores extrañaba la posición destacada a la que estaba acostumbrado en su trato con los enfermos; eso lo volvía torpe, además disfrutaba el vivo sentimiento de su valía, evitando colocarse en situaciones que tuvieran que convencerlo de su propia nulidad. El movimiento feminista en sí no le interesaba tan poco. Según su opinión las mujeres existían para parir niños y él las dividía en aquellas con las que valía la pena que el hombre se acostara y aquellas que no eran dignas de recibir la fuerza del hombre y heredarla. Con este modo de pensar,

la asamblea de hoy tenía poco atractivo para él; había ido, sin embargo, pues esperaba encontrar en esta ocasión un indicio para continuar el tratamiento de su primo. Desde que entró en la sala había echado una mirada en busca de un lugar inadvertido. En la pared del fondo percibió algunas figuras masculinas y entre ellas vio al profesor Kietz. Se unió pues a ese grupo y dejó al primo y a la prima seguir su camino.

-Usted también por aquí, doctor -saludó Kietz a su amigo-, creía que usted ya conocía el graznido de los gansos.

Lachmann asintió con la cabeza y se apoyó en la pared sonriendo plácidamente. -Le podría formular la misma pregunta a usted -dijo.

El profesor hizo un gesto de rabia. -Yo soy el pastor de los gansos. Hoy usted se buscó un pastizal diferente.

Dejó brotar una risa corta y extraña con la que solía burlarse de sus alumnos cuando cometían algún burdo error gramatical. -Además, todas van juntas a la escuela de señoritas. Pero, ya que hoy se hablará sobre prostitución y el oficio horizontal, temen que las gansas tontas de faldas cortas sean envenenadas mañana, cuando se sienten en las bancas donde las viejas hoy maquinan estos pensamientos.

Lachmann quedó perplejo. La locura de Tomás surgió en el recuerdo y lo puso pensativo.

-Se dirigieron al director -continuó Kietz-, y éste les puso a su disposición el aula de la escuela, y como él mismo no tenía ninguna gana de fomentar su moralidad, yo soy el que debe representar la moral de la institución -se enderezó y alargó la cabeza atisbando a lo lejos-. Elegí bien el lugar, ¿no es cierto? Son sesenta y seis, bien contadas, un gentío considerable para nuestro beato pueblo. Todas tuvieron que pasar frente a mí. No hay que desesperarse. A nuestras damas nada humano les es ajeno. De lo contrario no vendrían ni veinte a las reuniones. Pero hoy... Pues quiero suponer que este interés en las hondas regiones estriba en el amor a Cristo. Fue divertido, con todo, ver pasar rápidamente esos rostros. Se veían tan diferentes tipos -de nuevo resonó su infame risa-. Mire usted, doctor, la pequeña que está allá, de esa tengo curiosidad. Le doy clases privadas, porque quiere seguir estudiando a todo trance. Cuando el viejo Homero permite subir a la cama de sus héroes a alguna bella, ella hace como si se fuera a ahogar del rubor. Bajo el cobijo de una intención de utilidad pública, ella satisface sus deseos de manera bastante despreocupada.

Lachmann miró en dirección de la joven, que se reía agitadamente con su vecina, y luego se volvió de nueva cuenta. -A ésa la conozco -dijo-, ésa no va a estudiar durante mucho tiempo, ésa tiene una pelvis ancha y unos magníficos pechos. Algo así no lo regala la naturaleza sin compensación. Las gentes con esa estructura siempre pueden parir -señaló hacia el frente, donde en ese momento el grupo de damas se dispersaba ante el ataque de Mundete-. Por allí parece que anda el diablo. ¿Qué les pasa a estas mujeres?

-No puedo darme cuenta -contestó el profesor, que parado sobre las puntas de los pies alargaba el cuello como una cabra que percibe jugosas hierbas en un muro pelón, sin poder alcanzarlas-. Probablemente ya va a empezar la cuestión. Por cierto, no creo que se lleve a cabo sin escándalo.

Lachmann quedó atónito. ¿Era ya tan conocida la locura de Mundete? -Escándalo? -preguntó- ¿qué quiere usted decir?

-¿Pues, usted ya conoce a la gorda Walter, la mujer de Walter-Champaña; y sabe, sin duda, lo de la enemistad con la pitia del pueblo, la señora del profesor Rolfs?

Lachmann asintió sin estar escuchando de verdad. Veía que Cata Ende se desprendía callada y cuidadosamente de la aglomeración y se dirigía hacia atrás de la sala.

-Ambas rivalizan desde hace mucho en la Unión. La una representa a la talega y la otra al espíritu, y ambas tienen la aspiración de ocupar la presidencia de la Unión, a la que quiere renunciar nuestra poetisa local. La cosa ya está ahora lista para reventar, y todo desde que el comerciante en vinos obtuvo el título

de consejero confidencial de Comercio. La Rolfs descubrió que un hombre como Walter, que siempre tiene un consejo a mano y convierte el agua en vino para ayudar a su comercio, se ganó así su título. Usted puede imaginarse el efecto de estas palabras. Una queja tiene que premeditarse desde antes. De ese modo el recién horneado consejero se haría intolerable para la sociedad, así que prefirió echar mano a la bolsa y apoyar con una sumita redonda las aspiraciones al trono de su mujer, aquí en la Unión. Las perspectivas de la señora Rolfs se hundieron de fea forma y si no hubiera encontrado una aliada en la ex-excelencia de rizos lánguidos, nadie la tomaría ya en consideración.

El profesor se relamió los labios anticipando el gusto del chiste que quería hacer a propósito del triángulo de la nobleza: la profesión, el dinero y la erudición. Antes de que pudiera empezar a decir algo, se dio cuenta de que su oyente se había separado de él y hablaba animosamente con Cata Ende. Guardó, pues, sus consideraciones para sí mismo, pero desde ese momento parecía como si sufriera a causa de ventosidades accidentales.

Mientras tanto Lachmann se ocupaba de desviar las excitadas preguntas de la secretaria, cuyo miedo de que se produjera una vergüenza pública a causa de la precipitada intromisión de Mundete en el plan de las exposiciones iba creciendo. Intentaba ocultar con toda clase de quizás y peros, que moderaban sus afirmaciones, el hecho de estar lanzando esas incómodas palabras, acompañadas de fuertes movimientos de su cuerpo a diestra y siniestra. En el fondo se puso muy contento cuando la campana sonó y la doctora con el nombre de Batalla subió a la tribuna. Hizo como si estuviera muy interesado en la conferencia y abandonó a la impertinente inquisidora a su incertidumbre desesperada. Para su gran satisfacción, la dama que estaba al frente tenía una agradable voz, de modo que él podría prometerse, por lo menos, un placer musical.

No había pasado mucho tiempo, y la bienhechora voz ya había influido en el escéptico médico, que por primera vez en su vida se apartó de su principio fundamental de considerar las opiniones de una mujer, desde el comienzo, como tonterías. Se hizo consciente de este encantamiento de su espíritu a través del oído, y aunque tuvo que haberlo añadido a los contagios espirituales de Mundete, que él quería considerar enteramente como locura, se rindió a esa voz, sin oponer ninguna resistencia. Por esta vía llegó a la creencia de que la señorita Batalla poseía una gran cantidad de conocimientos y que sabía expresarlos en una secuencia ordenada y con brillante claridad. Sí, al fin le fue interesando tanto la conferencia que extrajo su libreta de notas y apuntó el curso de la exposición. Estas anotaciones, interrumpidas y aclaradas por las observaciones de Lachmann, se encontraron en la herencia de papeles de los que la señora Willen me nombró el administrador. Se reproducirán aquí textualmente por razones que el lector adivinará más tarde.

“Conferencista comienza con un adecuado panorama sobre la expansión de la prostitución, que comprueba el considerable incremento de los desórdenes. Precisa familiaridad con el tema. Seguramente, se ha ocupado durante mucho tiempo y con detenimiento en ello. -Extraña contradicción entre el aspecto de la oradora y el contenido de sus palabras. Dulce rostro, cabello rubio cenizo y ojos azul-agua. Tal exposición sobre la vileza humana, salida de una boca femenina, debería ofender. ¿Por qué se enfrenta esta muchacha a esta repugnancia? -Peligros a causa de la tolerancia de la prostitución. Su aparición en público tiene efectos psíquicos contagiosos. Peligros para la salud moral. Influencia destructiva sobre el matrimonio, que la conferencista considera como el fundamento de toda vida elevada. -Murmillos de parte de algunos miembros de la Unión. -Difusión de las enfermedades venéreas a causa de la prostitución. Riesgo para la salud corporal y para la descendencia. Propuesta para impedir a los sifilíticos las relaciones sexuales y, especialmente, el matrimonio, además de encontrar castigos para tales hechos. -Observación de Lachmann: Si fuera verdad lo que parlotea la ciencia, no habría ya gente sana. La investigación de la jovencita podría resultarle conveniente a muchas personas. -Continúa hablando de transmisión y contagios. -La voz de la oradora suena tranquilizante. La psique del oyente es influida por el sonido. Un contagio de espíritu a través del cuerpo. En la teoría de Mundete hay sabiduría. -Fomento de la moralidad. Tiene que prescindirse de todos los pequeños medios. Los muchachos deben ser educados mejor. Admiración de las madres en lo que respecta a los vicios de sus hijos; les conceden una libertad desaforada, en lugar de refrenar los bajos instintos de los muchachos, como lo hacen con las jovencitas. Las mismas mujeres cultivan así la inmoralidad.

La solución del problema no radica en el amor libre, sino en el fortalecimiento del matrimonio. Los varones deberían ser educados para la castidad. -Efecto en los oyentes. Rostros serios, atentos. -No se trata de que las mujeres conquisten el derecho, concedido a los hombres, en cuanto a la libertad sexual. Este derecho es la peor injusticia que la mujer, buscando adquirirlo, comete contra su propio sexo, contra la nobleza del femenino, sí, del humano corazón humano. Nosotras las mujeres estamos por encima de los hombres. No nos conviene descender a su bajeza. Deseamos elevarlos a nuestra altura, no con violencia y precipitación, con discursos e injurias impropios de las mujeres, sino lenta, segura e irresistiblemente como madres de los hijos.”

Esas palabras finales expresaban, notoriamente, pensamientos que todas las presentes abrigaban en su interior, o bien querían simular gustosamente. Por todos lados resonó la aprobación y las mujeres se precipitaron emocionadas al frente para agradecerle a la oradora sus palabras. La muchacha, que no tenía cara de erudita, se encontraba alegre y sin preocupación en medio de sus admiradoras, parecía un niño que regresa a casa con buenas calificaciones; hasta el mismo Kietz malhumorado se olvidó de su cinismo y asentía de vez en cuando con la cabeza, como si inesperadamente viera su platillo favorito frente a sus ojos, y decía sonriente: -Así sí me gusta el estudio de las mujeres, vale la pena estudiar a tales mujeres.

La más profunda impresión la recibió Ágata, quien se había puesto a escuchar atentamente durante toda la conferencia. Se enamoró de verdad de esa fresca persona y del fuerte apretón de manos de esa defensora de los derechos de la mujer; luego, la besó de corazón y la jaló hacia una silla junto a ella, porque la quería tener lo más cerca posible. Su viejo corazón se había emocionado y hubiera preferido empezar de inmediato a educar muchachos, si sólo tuviera alguno al alcance de la mano. Olvidó por completo que a su lado estaba Tomás sentado y, además, con terribles pensamientos, ese hijo de los desvelos de su instinto maternal; ella más bien estaba preocupada por dejar pasar el momento en que pudiera participar en el intercambio de opiniones que recién se iniciaba.

Por supuesto, no correspondió en nada a sus expectativas. Desde el mismo desorden que sobrevino, ofendió su sensibilidad. Ya nadie estaba sentado, sino que todos se concentraron en las sillas delanteras del estrecho cuarto, y del excitado murmullo se desprendía el sonido de las palabras de alguna mujer especialmente rijosa. Cuando por fin se produjo una lamentable calma mediante la campana de la presidenta, subió al estrado una nariguda señora encargada de finanzas, que dejaba ver en su mal acomodado corset y en la actitud pendenciera de su índice amenazador la manera como se tenía que enfrentar a la vida por aquí y por allá. Comenzó por deducir el incremento de la inmoralidad en las tertulias de su señor esposo y finalizó con el relato sobre su cocinera, que acostumbraba secar sus -dicho con respeto- calzones en la estufa de la sala familiar.

Luego continuó la mujer de un capitán jubilado, que inclinaba con untuosa humildad su gran cabeza hacia un lado, hablando sobre la bendición de las creencias piadosas, de la depravación de la juventud, pues ésta aprende todo de los libros y de los periódicos, todo lo que en su época descubría una muchacha decente hasta después de un parto.

En ese momento hicieron su entrada los dos principales campeones del plan: primeramente se derramó un torrente de genio de la boca de la señora del profesor Rolfs sobre los oyentes. Si la chistosa señora no hubiera tenido la mala costumbre de anunciar sus acertadas observaciones con una aguda risita sofocada, habría podido ser considerada como una excelente oradora. Con sus maldosos y aguzados ojos de pupilas contraídas por la morfina, traspasaba ora a ésta, ora a aquella vecina; atacó la impertinente presunción de los creyentes religiosos y estableció, a partir de su propia autoridad y con gran despliegue de frases hechas de tinte científico, un nuevo dios, que fijara su recinto en cada alma humana; también habló del derecho a la personalidad y de la esclavitud del matrimonio, en la que la divinidad de la mujer se envilece cada vez más, como las prostitutas en el ajeteo callejero. Finalmente concluyó con un apasionado elogio del amor libre, con cuya implantación comenzaría una nueva época.

Apenas tuvo tiempo de deleitarse con la animada aprobación de sus amigas, cuando se levantó la gorda consejera confidencial y aclaró en un tono seco que lo único correcto consistía en educar a las jovencitas, como antes, para ser hábiles amas de casa. Pronunciaba las palabras tan lenta y solemnemente como si cada

una estuviera grabada en su arrogante persona. Vivir para el marido y el hijo, eso era la felicidad de la mujer; todo lo demás no le importaba y creía que el apacible orden y la modesta diligencia eran el instrumento con el que ella forjaba su felicidad, aunque ésta, por supuesto, no era reluciente... -A menos que se adorne con brillantes -gritó entonces la señora del profesor-. Si traigo brillantes, es porque mi marido me los regaló -prosiguió serena la gorda-, y los traigo con orgullo, pues los he ganado en la larga y activa labor al servicio de su comodidad, y aunque los anillos que están aquí en mis ásperas manos puedan parecerles extraños a algunas damas, los uso con gusto exactamente por eso. Pues, diariamente, me recuerdan todo lo que le agradezco a mi marido y todo lo que él me agradece. De cierta manera, en medio del remolino de las opiniones sobre la situación de la mujer, que frecuentemente me ha atrapado, conmovido y confundido, son una exortación para no olvidar que el hombre y la mujer forman una unidad y que el buen Dios, no sin razón, creó dos sexos para que se complementen. Yo fui educada sencillamente y aprendí poco. Pero sé algo y lo sé de memoria: que la mujer debe ser la ayudante del hombre; por ello, no entiendo cómo es que habiendo sido creada como ayuda del hombre, lo tenga que combatir. Así pues, ése es el significado de mis brillantes, para que lo sepa, señora del profesor Rolfs.

Ágata no pudo aguantar más. Se levantó muy excitada. -La señora del consejero tiene mucha razón -vociferó-, tanta que no puede contenerme y también quiero decir unas palabras, aunque no sea más que una invitada aquí. Para nosotras las mujeres todo depende de la educación. Dios nos hizo madres para eso. Y, simplemente, debemos educar a nuestros hijos. No los mimes y no les permitas hacer muecas vanidosas durante horas frente al espejo, ni tampoco poner mala cara cuando mamá ordena que se pongan un delantal. Sencillas en palabras y acciones, sencillas también en cuanto a la ropa, en eso sobre todo. Una muchacha que está acostumbrada a andar limpia y agradable, será ella misma limpia y agradable, pues el exterior tiene un gran efecto sobre el interior. Y una cosita que la madre envuelva con encajes y adornos, fácilmente será de corazón ornamentado y coqueta en sus pensamientos, pues el vestido que trae puesto... Aquí Ágata se interrumpió de repente. Vio la mirada de su hermano fijamente clavada en ella.

Confundida comenzó de nuevo: -No puede negarse que un vestido costoso es inadecuado para el trabajo. En la cocina se le teme al polvo del carbón y en el comedor a la mantequillera, a cada paso no piensa una en otra cosa que en no engancharse y echar a perder los caros encajes. Sí, se rechaza al esposo y a los hijos para que no vayan a aplastarle su delicadeza. La felicidad de muchas personas se destruye a causa de los lujos insensatos, pues el corazón de los humanos se contagia rápidamente... tú no tienes que estarme mirando -increpó con fuerza a su hermano y se sentó toda ruborizada, sin completar la frase.

Se produjo una pausa turbadora, que se llenó sólo con risas aisladas y reprimidas. La presidenta, aún iluminada por el elogio de Mundete, hizo uso de la palabra para dar fin a la burla. Supo resumir, adecuadamente, las opiniones discrepantes en una frase muy ambigua sobre los seres humanos, que deben educarse para el amor, y luego, sin transición, comenzó la asamblea, pues uno de los honorables huéspedes, el señor Tomás Mundete, tendría a bien transmitirles sus puntos de vista sobre el tema desde la perspectiva masculina, lo que sería doblemente interesante para todos los presentes, ya que antes sólo habían hablado las mujeres. El enojoso silencio con que se recibió ese anuncio, pareció refutar obviamente la buena intención de la presidenta. Ella estaba dispuesta a tartamudear una disculpa y cerrar la sesión. Tomás, sin embargo, cuan largo como un gato antes de pegar un salto, ya estaba al frente y se introdujo con una voz potente en el balbuceo de la mujer.

Leyó su discurso: era notable su placer infantil, se embriagaba con su propia obra. Como veremos, la casualidad conservó su manuscrito, de manera que aquí puedo reproducirlo, completándolo con algunos relatos orales. Me resultó notoria la llamativa limpieza del manuscrito, en el que no había ni la más mínima tachadura o corrección. Tomás procuró señalar, con una especial entonación, que era el testigo de una inspiración suprema, pues todo el tiempo antes había escrito sobre su destino de forma desordenada y bastante mal. Ahora, sin embargo, se mostraba claramente en su escrito la mano de Dios.

-Permítanme ustedes, distinguidas damas, darles primeramente las gracias, a ustedes que a través de la boca de la poetisa, quien conduce esta reunión, como un bello símbolo del alma de artista de la mujer, en lo general, y del vuelo ideal de los pensamientos de esta ensoñada unión de noble futuro, en lo particular,

permitan ustedes la expresión de las sobrias observaciones de un hombre, aunque todas las oradoras con una sola excepción, que me parece notable, son de la opinión de que el problema solamente se resuelve mediante la madre o por lo menos mediante el matrimonio. Y ya que yo no estoy casado ni soy madre...

-Al grano -se oyó la voz de la señora Rolfs, a quien su amable vecina había enterado, por medio de un empujón, de que se referían a ella con eso de excepción.

-Sólo de oír se le acaba a una el aliento -le explicó ella en voz baja a su querida amiga-. Pero yo lo estrangularé con una de sus frases largas y retorcidas como un chorizo.

Tomás miró asombrado en dirección al lugar donde se había producido la interrupción, luego continuó:

-Mi deseo más vehemente consiste en convertirme en madre. No veo en ella ninguna razón para reírse, señoras. Yo comparto este deseo con el espíritu de todas las épocas, que siempre quiere dar origen a una nueva y más elevada; nuestra época sería, por supuesto, una excepción, pues se llama la época de la niñez y expresa con ello ampliamente y de manera infantil su esterilidad. De hecho, en el problema de las mujeres se muestra esta esterilidad, que se quisiera decir casi inmoral, tan inmoral como la manía de las mujeres mismas por quedar estériles.

-Al grano -se oyó de nueva cuenta la voz de la profesora, y esta vez se escucharon unánimes las de un par de viejas señoritas y la de la esposa del capitán, que no tenía hijos.

-Estoy a la mitad de la cuestión. Se trata del fomento de la moralidad a través de las mujeres y de cómo podrían alcanzar esta meta de mejor manera que mediante el parto. El pecado no consiste en la voluptuosidad, oh no. El delirio por las relaciones sexuales es sagrado, y a nuestra época le convendría que le mostraran de nuevo el falo para que lo adorara.

El profesor Kietz codeó a su vecino Lachmann y con una sonrisa irónica miró a su alrededor. Por supuesto, nadie entendió la erudita monstruosidad del loco de allá adelante, pero el susurro de los vestidos y el balanceo de los peinados era el indicio de que se avecinaba una tormenta. Mediante un viraje fortuito, el desprevenido Tomás logró aplazarla otra vez.

-Hace poco, nos exhortaba encarecidamente la voz de poeta de una mujer a educar a los niños para el amor -la presidenta enrojeció de felicidad por el respetuoso movimiento con el que Tomás apuntaba hacia ella-. En verdad, son palabras magníficas, cuya profundidad es insondable. Las otras también igualmente, que la mujer debe servir al hombre, y adornan a la señora que las pronunció más que las joyas de piedras preciosas, que ella con toda corrección indicó como el símbolo de su sublime manera de pensar. Las joyas corresponden a las mujeres. Pues si ella es aún la servidora del hombre, del mismo modo será la dueña del futuro, y ninguna corona podrá ser lo suficientemente rica para posarse sobre la cabeza de una madre.

Los indignados semblantes de las oyentes, en su mayoría, se fueron aplanando y cada una alargaba la cabeza intentando, por lo menos, alcanzar a distinguir el invisible brillo que, según el caso, se desprendía dos o siete filas adelante de ellas. Sólo alrededor de la señora Rolfs se fueron congregando los grupos de las descontentas.

-Si no sonara tan desproporcionado, yo compararía la fuerza de las mujeres con la de Dios, quien, como la máxima maravilla de su poder, creó a los hombres. Qué clase de farsa extraña es ésta de que la mujer, cuya naturaleza prometeica envidiamos con admiración nosotros los hombres, codicie los miserables logros del hombre, tenga envidia del fingido y degradante objetivo vital de la profesión y que, además, entre en competencia con él, que es un esclavo del trabajo. Ellas llaman a esto un derecho, mientras que constituye con toda seguridad una injusticia.

Ahora se lanzó la señora Rolfs al ataque. Solicitó el final del debate con una mordaz observación contra la presidenta, acusándola de insuficiente disciplina parlamentaria, ya que no se inducía al orador a hablar sobre la cuestión ni tampoco a que planteara algo nuevo.

Contra el asentimiento que estalló en torno a la concedora de los procedimientos ordenados y contra la indignada expresión de Mundete de que él, en verdad, tenía que publicar un nuevo evangelio, dominada desde hacía rato, se alzó prontamente la segunda combatiente por la presidencia, la gorda consejera confidencial; tras su costado protector se percibieron gritos, en todos los tonos de voz, de que continuara el discurso. El grito de combate de este partido fue considerablemente reforzado por la voz del profesor Kietz, que tenía la esperanza de volver a ver enrojecer a su joven alumna, si el extraño orador soltaba alguna nueva picardía. Así, hizo también tremendos esfuerzos con sus pulmones para conseguirle a Tomás la palabra de nuevo.

La alegre poetisa, que siempre quedaba consternada cuando se le exigía que tomara una decisión en cuanto al procedimiento corría desesperada de la esposa del consejero confidencial a la esposa del profesor y de allí a Tomás, para restablecer la paz y, finalmente, se precipitó en busca de ayuda hacia su excelencia, que estaba de pie envuelta en una solitaria y enjuta grandeza y sonriendo burlescamente en espera del momento para intervenir.

-Pido que se vote -vociferó la señora Rolfs-, pues mi propuesta ya está suficientemente apoyada -y puesto que la conferencista se escondió tras su torre de protección ministerial, muy preocupada ante la imprevista tarea, la presidenta del espíritu se decidió a coger la campana y la tocó enérgicamente. Sus ojitos echaban chispas con el presentimiento de su triunfo venidero y con la conciencia de tener el emblema del poder en sus manos. Sin detenerse en lo más mínimo en su farsa, anunció al grupo de oyentes que le había sido concedida la dirección del procedimiento por la conferencista, ya que ésta se había retirado a causa de la estrecha amistad con el orador, lo que la hacía su partidaria, y procedió luego a la votación. Se decidió por una pequeña mayoría la continuación del debate, pero la señora Rolfs pudo darse cuenta con una mirada de que en los últimos cinco minutos su grupo de partidarias casi se había duplicado. Con la segura esperanza de que el protegido de la bautizadora de vinos lograría convencer a su rival de abandonar su expectativa, dejó que la cuestión siguiera su rumbo.

El indefenso Tomás, entre tanto, estuvo de pie allí como si fuera una núbil novia turca por la que riñen dos guerreros; muy alegre por la importancia concedida a su persona y aguardando con anhelante vergüenza que se decidiera su destino. Apenas terminada la votación, Tomás comenzó a hablar con doble orgullo.

-Todos tienen a su disposición una cierta cantidad de la fuerza de la creación. Por lo general, sus límites están suficientemente trazados, un hombre que actúa como creador individual es admirado con razón como una maravilla. La suerte de la mayoría consiste en construir un miembro de la totalidad, y sólo mediante la unión de fuerzas semejantes puede el hombre lograr algo. Y luego ya no hay nada más, si no es vivir con mayor intensidad algún provecho para la vida humana, una nueva comodidad, una nueva posibilidad, cuando todo se enaltece mediante una obra que comprueba la nobleza de los humanos y eleva o transforma a muchos. Más allá no llega el poder del hombre. El no desea, como la mujer, procrear, animar un grumito de albúmina, dejar crecer cabeza y miembros hasta que sea una nueva persona y, luego, darlo a luz como un símbolo de la fuerza inmortal para que viva. Formar personas, ésa es la formación de las mujeres, y a conformarlas exactamente a semejanza de Dios -eso es el hombre- se debería dedicar su educación. Y con la procreación de la vida también se agota la fuerza engendradora de la mujer. Es vana petulancia e inmoralidad tratar de abarcar otra área, que pertenece al hombre.

Una oleada se expandió por la sala, la voz chillona de la señora Rolfs sobresalía. -Le retiro la palabra al orador.

Todos se habían levantado de las sillas, y Tomás vio cómo, de repente, una multitud de brazos se agitaban en el aire, se ponían los sombreros, sacudían enérgicamente abrigos y sacos de aquí para allá, o bien intentaban alcanzar a toda prisa los estuches de los lentes, los portamonedas y las bolsas. Solitaria, muy cerca de él aún, estaba parada su hermana, a quien Lachmann sostenía por un brazo para impedirle cometer un disparate. Luego, mientras le jalaba la chaqueta al hermano con la mano que tenía libre, sus ojos le lanzaron a su excelencia unos rayos anunciadores del desastre. Aquélla estaba gritando.

-Es un poco chiflado y, además, un tipo maleducado, que no conoce la decencia. Levante la sesión -esas palabras de la señora ministra iban dirigidas a la señora Rolfs; tomó luego por el brazo a la avergonzada presidenta, que estaba detrás de ella todavía muy asustada, y se encaminó a la salida con la cabeza erguida. En la puerta aún se encontraba Cata Ende. Se había puesto con la cara contra la pared como un niño castigado y gemía suavemente. Al pasar, su excelencia le dijo: -Usted tiene la culpa del escándalo, señorita Ende -ella dio un respingo y se volvió.

En ese preciso instante sonaba de nuevo la campana en la sala, y la señora Rolfs gritaba empleando todas las fuerzas de su voz: -Se levanta la sesión -en seguida, pasó también frente a Cata Ende la pretendiente al trono muy segura de su triunfo, examinando a la secretaria con una sonrisa maliciosa, que ya le anunciaba a ésta su caída en cuanto la señora Rolfs blandiera el cetro de la Unión. Esa mirada burlona condujo a la muchacha a tomar una rápida decisión. Apenas había desaparecido la rival corriendo tras su excelencia, cuando Cata Ende cerró la puerta y se apoyó en ella, decidida a no dejar entrar ni salir a nadie hasta que se resolviera la nueva votación.

Entre tanto, Tomás había seguido hablando con toda calma, sin preocuparse de si alguien lo escuchaba o no. -El mayor logro de la mujer consiste en amar al hombre y en aprender imitando sus rasgos, al tiempo que los reconstruye en el niño. El hombre es su estudio, en él se forma y todos los conocimientos del mundo no le ayudan para nada. Todo esfuerzo es vano si no ama al hombre y lo venera. Esa es la verdadera devoción de la mujer, cuya religión debería consistir en la adoración de la fuerza engendradora y no el amor al prójimo, que como en el cristianismo sólo pertenece al hombre. La naturaleza misma señala irresistiblemente el camino, que la mujer transforma mediante la concepción. La simiente que fecunda a la mujer...

-Eres un tipo infame -vociferó Ágata en ese momento, le arrebató el escrito de las manos y luego lo aventó como si fuera un trapo sucio. Lachmann se inclinó y recogió cuidadosamente, las hojas desperdigadas, mientras Ágata intentaba sacar de allí, con todas sus fuerzas, a su entusiasmado hermano; y hasta le tapó la boca cuando el soltó estas palabras burbujeantes de disgustos y sabiduría; -Cada perra lo comprueba. Es la ley suprema del contagio psico-físico. Si un hirsuto chucho la carga, no tarda en arrojar su cría. -Lo restante era sólo un áspero gorgoriteo de tonos, que lograba resonar por sobre el fuerte sonido de la campana. De hecho, apenas se dio cuenta la consejera confidencial de que su contendiente evacuaba precipitadamente el campo, decidida se dirigió hacia el frente, con una mano agarró al funesto Tomás y con la otra la campana de la presidenta. Y allí, de pie como un ángel gordo de la espada y la ira, esperó el momento en que la puerta se cerrara tras la señora Rolfs. Después empujó, con su brazo fuerte para el trabajo, al aciago Tomás y a su hermana y tocó la campana potentemente. Los brillantes en sus orejas se bambolearon a porfía. Sostuvo los brazos abiertos en cruz, como si quisiera proteger a toda la asamblea, y gritó luego con su áspera voz:

-¡Permanezcan aquí, señoras, permanezcan aquí! Yo vengaré el ultraje que se infligió a la Unión. Arrojaré a este hombre, que se atreve hacer porquerías aquí, como se lo merece -y así, pescó al desconcertado Tomás por el cuello de la camisa y lo condujo hacia la puerta, mientras seguía tocando la campana, entre las regocijadas risas de todas las espectadoras. Cata Ende abrió la puerta. De esa manera Tomás fue arrastrado por toda la sala frente a los ojos de su antigua enamorada, como un truhán empujado por la policía, y luego, con la propia ayuda de ella, puesto en la calle.

El portón se cerró nuevamente detrás de él y de la perseguida Ágata. La señora consejera confidencial regresó luego a su lugar, mientras Cata Ende se dirigió a las señoras que iban empujando a Ágata y las instó, en voz alta, a tomar parte en la votación para elegir una nueva presidenta, elección que no podía caer sobre otra persona que no fuera la salvadora del honor de todas, es decir, la honorable señora del Consejero Walter. A la proposición siguió una sonora aprobación. Mientras se realizaba la elección, Cata Ende resistió con su espalda contra la puerta cualquier embate desde el exterior y previno con sus manos cualquier huida del interior. También el bravo Lachmann, que ya había acabado de recoger los papeles desperdigados, fue devuelto a su lugar por la guardiana de la puerta y, bien que mal, debió presenciar la votación. Para matar el tiempo, se dedicó a ordenar los papeles del discurso de Mundete y los iba leyendo con asombro creciente sobre lo que el bueno de Tomás, en su loca inocencia, se atrevía a brindar al sentido de la decencia femenina. De vez en cuando movía reflexivamente la cabeza o sonreía y se acercaba el escrito a los ojos. Yo

ofrezco aquí la conclusión del discurso como se conserva en la herencia de Ágata. Sin embargo, el lector mismo debe imaginar la continuación de la frase en que Tomás fue tan abruptamente interrumpido. Pues precisamente esta hoja se rompió a causa del pleito. Sí, parece que se perdió un par de frases; por lo menos, el texto comienza de manera muy incoherente con estas palabras: "... falta la mujer y por supuesto, todo trabajo vale su salario". Luego, continúa vehemente hasta el estupendo final. "Esta carencia es el verdadero principio inmoral del matrimonio, de la vida en su totalidad. El hombre viola a su ignorante mujer, quien aún no es capaz de disfrutar, y su frialdad y su asco lo ahuyentan. Quizá hasta después, años después, cuando en él decrece la ciega pasión, hace su aparición inevitable esa fatalidad. Y entonces ocurre la terrible ironía, con la que la naturaleza castiga los pecados contra su voluntad, un castigo de risible crueldad. Pues en la época en que el hombre se aparta de los envejecidos encantos de su amada, quien no quería ser amada, entonces despierta el instinto en la mujer, instinto que por ese torpe cuidado sufría largamente, pero al fin brota con una fuerza incontenible. Esto ofrecería un material para conmovedoras comedias o bien para la más risible tragedia.

Por supuesto, se debe educar al hombre, pero no de la manera que lo exigen las gentes miopes, no para ser un simple idiota, sino un irresistible seductor y para el placer sensual. Se le tienen que enseñar, metódica y precisamente, de la misma manera como aprende el ABC, los medios con los que se enciende el fuego en una muchacha. Se deberían fundar escuelas donde se enseñara la manera en que un hombre toma a una muchacha y la hace mujer. Lugares en donde se practique la sensualidad y el arte de amar, de seducir para el amor. Pues la más elevada moralidad reside en la voluptuosidad, y las raíces de toda maldad se encuentran en la antinatural manía que tienen las madres de castrar a los hijos para hacer de ellos ángeles. Por eso, si ustedes las mujeres desean fomentar la moralidad, entonces fomenten la voluptuosidad."

El manuscrito concluye con tres signos de admiración, cada uno más grueso que el anterior, pero después aparece un signo de interrogación escrito con lápiz por la mano de Lachmann, y luego me contaron que el inteligente doctor regresó esa tarde muy pensativo a su casa, después de que se decidió la elección de la señora Walter.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck

Volver a Newsletter 22-ex-48